

Capítulo 9

El virus...

Al otro día se levantó tarde, el televisor encendido pero para su sorpresa la madre no se encontraba mirando. Salió al pasillo y ella estaba donde se iniciaban el pasillo sobre la calle que daba a la avenida perpendicular con un par de vecinas más dialogando animadamente.

Ni se acordaba de todo lo que había vivido su hermanastra, eran tiempos pretéritos y no había tiempo para reflexiones.

—Che viste, se murió el negro. —Una de las vecinas.

—¿El Negro de la Pingüi che...? —Elsa.

—Sí, y la Chichi. —Agrega otra.

—No la conozco a esa. ¿De dónde he? —Contesta desinteresadamente Elsa.

—La de la vuelta. —La teñida de rojo.

—Ah la putona que le robó el marido a la Chola.

Se quedan calladas mientras ven la escena del médico, el enfermero y el chofer introduciendo el cadáver en la ambulancia. Totalmente cerrado con plástico, casi sellado al vacío como si fuera carne de exportación.

Sale la ambulancia ante la mirada inmutable de vecinos y parientes. Ya iban ocho los muertos en la villa y unos doce en el asentamiento del fondo.

De pronto una de las vecinas comienza a toser cada vez más fuerte, irónicamente la única que usaba barbijo todo el día, caprichos del virus, tal como queriendo decirnos algo. Sólo Doña Clara se corrió hacia atrás haciéndose cargo de su falta de barbijo al igual que todas.

En eso pasa el tío de Brayan llegando extenuado y más sucio que de costumbre, se notaba los remiendos y emparches disimulando una reparación fiable. El carro chanfleado para uno de los lados mostraba el franco deterioro de carro, caballo y hombre. Solo su compañera la Chula, que de casualidad había pasado a visitarlo para tener una mañana teñida de romanticismo, salió a recibirlo. Ayudó al pobre viejo a bajar, lo entró a su ranchito, desengancho al viejo zaino, lo llevó cerca de zanja donde había pasto fresco y le llevó un balde con agua. Volvió a la casita, ayudó a desvestir a su hombre y mientras él se quedó sentado en una vieja banqueta de plástico en lo que hacía las veces de baño sin ducha, le vertió agua caliente con una lechera amarilla enlosada y descascarada. Con varios trocitos de jabón blanco que aparentaban un solo pan lo bañó suavemente limpiando cada una de las heridas hechas por los alambres de fardo y acerados que se resistían a ser doblados con su vieja tenaza.

Menos mal que a la Chula se le había ocurrido pasar por ahí, si no el pobre tipo se hubiera tirado en su catre a dormir unas horas hasta que sus huesos se recuperen.

—Tranquilo, viejo. —Le dijo ella en voz baja—. Ya te va a salir la jubilación. Dijo el Roberto, el hijo de la Sara, que como nunca aportaste va a tardar más. Pero que le va a salir che. ¡Vamo viejo no te me bajoní!

—Heee, seee... —Emulando sonidos como fiera herida—. Ya sé, vieja... viva Perón carajo... — Respondió con poca fuerza.

Brayan había visto toda la escena de exteriores pero no se le había conmovido un capilar, él estaba en otra etapa de superación sentimental.

Pasa el Chungo y lo llama.

—Hoy *trabajamos*... —Le dice bajo en complicidad.

—Seeee... —Le contestó y se metió a su casa, una vez dentro intentó conectarse a los grupos de Whatsapp de la escuela, todo lo que leía le parecía inútil e infantil. No entendía absolutamente nada de lo que solicitaban los distintos profesores. Tampoco intentó preguntar a alguno de sus compañeros. Por un

momento tuvo la intención de mandarle un mensaje a su amor oculto, pero de inmediato se negó a esa posibilidad.

Esa tarde estaba excitado e inquieto, esta vez el trabajo sería en serio. Se encontró con sus amigos en la plaza, el Ferchu, el Colo y el Pelado, en un momento el Ferchu saca unos porros.

—Che, esto no es gratis.

—Pará, emoción, nadie te pidió nada, gato. —Brayan,

Luego de abonar la mercadería todos disfrutaron sus porros de no muy buena calidad.

Ya de noche dentro del auto y por salir los cuatro en el Peugeot del Chungo, este le dice:

—Dale ahora al nabo. —Menchu le entrega una hoja de papel

—Dale al ganso, respírate esto. —Ríe.

Un polvo blanco sobre una hoja de cuaderno.

Mientras el auto iba tomando la avenida lo hizo y al rato le salió sangre de la nariz, sintió una sensación extraña, el auto pasaba por calles iluminadas que él no prestaba atención. El Chungo miró a su derecha y le dice a Marito.

—Dale una y explicale...

Gira mirando hacia la parte posterior del auto y le entrega un revolver, Brayan lo sintió pesado y frío, pero pronto el metal negro se calentó en sus manos, sentía mucho calor.

—Che, miren ahí hay un boludo. Era un muchacho con el celular en la vereda mientras caminaba, antes que se diera cuenta habían parado, Menchu baja del auto, corre y le arranca el celular de la mano. El joven no tuvo tiempo de reaccionar, en un instante ya estaba adentro del auto y este se perdió girando en la esquina. Continuaron, ven un auto detenido y una señora tomando bolsas del baúl y un tipo agarrando otras de los asientos posteriores, ninguno de los dos vigilando, Mario tocía cada vez más. Se detuvieron de repente, bajaron los tres. Brayan hizo lo mismo un instante más tarde, tomó el arma y apuntó a la mujer que ya estaba en estado de pánico.

—¡Dejá todo viejo o te mato! —El Chungo.

—¡Callate o te mato!. Te mato, te mato. Al piso, al piso, al piso, al piso viejo sorete de mierda o matamos a tu mujer.

Marito tomó el auto y volaron hacia la villa sin antes quitarle la cartera a la pobre anciana que quedó llorando en el piso mientras el hombre intentaba consolarla.

Dejaron en la entrada al viejo Peugeot y salieron con el auto robado a toda velocidad. Ni hablaban.

Se acercaron a una estación de servicio YPF, no era demasiado tarde pero había poca gente en la calle, atendían tanto combustible como el quisco a puerta cerrada.

Estacionaron como para cargar combustible, se pusieron las gorras con las viseras bien bajas y las capuchas de los buzos puestas. Caminaban con la cabeza gacha evitando las cámaras de seguridad.

—Brayan, vo bajá del auto y te queda al lado del baúl, solo apuntá. —Le dijo el Chungo en voz baja.

Todo fue rápido, de inmediato se encargaron al playero, el Chungo fue hasta la puerta de vidrio del quisco y de una simple patada abrió la puerta, la chica gritó y corrió hacia la cocina. Él la tomó con fuerza del cabello y la arrastró por el piso hasta el baño y la encerró. Fue hasta la parte interna del mostrador abrió la caja y tomó todo lo que podía, también el celular de la piba y dos mochilas que estaban bajo el mostrador, salió mientras tanto, los tipos seguían cargando combustible mientras le sacaron el celular y todo el dinero al playero disimuladamente detrás del auto para que las cámaras no los captaran. Marito va hasta la oficina del playero y toma todo el dinero que se encontraba en caja externa.

—¡Dale, dale, dale, ya...! —Grita el Chungo.

Con el botín completo del quisco y playero, contentos se prestan a escapar. QUITAN la manguera, ya estaban subiendo al auto cuando un policía grita.

—¡Alto ahí! —Un agente que se encontraba haciendo una de sus primeras rondas cercanas al lugar. Vuelve a gritar—. ¡Alto ahí!

Fue inmediato, los tres sacaron sus armas y le tiraron desde adentro del auto. El policía respondió con su pistola automática. Al intentar arrancar y salir con los nervios el Chungo choca contra el surtidor, se detiene un instante, el policía vuelve a tirar. El Menchu abre la puerta se arrodilla junto al auto y dispara.

—¡Dale pendejo forro, tirá, tirá! —Mirando al Brayan.

Brayan tuvo miedo pero fue un acto reflejo, quitó el seguro, el cual diez minutos antes le había explicado Marito, y comenzó a disparar. No sabía muy bien dónde puesto que no se divisaba al policía que se encontraba ubicado debidamente escondido detrás de un derivador de telefónica. El revolver le saltaba en la mano y le temblaba la muñeca al Brayan, pero nunca había sentido semejante sensación de poder. En eso el Menchu hace un quejido y cae, Marito lo mete en el auto y cuando está intentado acomodarlo en el asiento trasero, hace otra queja y no lo puede terminar de entrarlo. Menchu se resbala hacia abajo afuera del vehículo y queda tirado sobre la playa.

Brayan dispara dos veces más y se queda sin municiones, el policía envalentonado sale de su escondite, corre agachado y tira tres veces más. Chungo vuelve a disparar y cae el policía.

—¡Dale, dale, dale, sorete! Se meten en el auto y sale a toda velocidad.

—¡Gorra sorete, sorete, sorete, sorete, morite, morite, morite...! —Le gritaba mientras se alejaban del lugar.

Todo había sucedido en unos veinte segundos, tiempo suficiente para que algunos vecinos llamaran a emergencias. Se escuchaban las sirenas de los policías que se acercaban mientras el VW de alta gama se esfumaba con las luces apagadas, mientras el policía quedaba tendido en un charco de sangre con los ojos abiertos y sin respirar.

—¿Marito? Mario. ¿Menchu fue, respiraba?

—Quedó tirado con lo ojo abierto, hijo de puta gorra hijoeputa, hijoeputa... —Marito haciendo gestos con las manos y con su revolver.

—Mejor, fue... —El Chungo.

Al Brayan le temblaba el cuerpo pero no decía nada.

Dejaron en un descampado el auto, caminaban ligero hasta la villa sin decir palabra. Cuando estaban llegando ven a la policía, Brayan tuvo miedo, pero el Chungo y Marito se dieron cuenta enseguida que no tenía nada que ver con ellos. Habían matado a uno de los travestís a golpes en la entrada a la villa. Quién solía ejercer la prostitución en la esquina donde terminaba el barrio y se encontraba un semáforo de largo tiempo donde solía hacer su parada y trabajar. Junto al cadáver desfigurado y ensangrentado llorando otro travestí que vivía con él pero que sobrevivía limpiando casas de familia de clase un poquito más alta. Unas pocas que no tenían repudios por su condición social ni sexual. Con ella, para variar, Doña Sara intentado consolarla.

—¿Qué hace esa vieja metida?

Sara sabía que el compañero que lloraba se encontraba estudiando medicina, pues Gladis su hija le contó que la había visto en la facultad. Que iba vestida como una dama y que era imposible no notar que era un varón.

Siguieron caminando, subieron al Peugeot y le dieron parte del botín al Brayan, todo sin decir ni una palabra, nunca había visto tanto dinero.

Intentó devolver el arma...

—Tenela bobo, la próxima te la descuento.

No daba más, se le cruzaban pensamientos y recuerdo, se durmió vestido sobre su cama.

A la tarde cuando se dirigía a la plaza se cruzó en la calle con Tabo.

¿Qué hacé, ganso? —Brayan.

—¿Qué hacé, Brayan? —Bien, me dijo el profe de geografía que soy el mejor del curso...

—Qué forro queso boludaso. —Por lo bajo Brayan.

En eso ve a la Moni con Cachorro, una chica lesbiana que vivía cerca del paredón del fondo con su padre y su hermanito menor. Siempre con un pañuelo verde en el cuello o muñeca. Algunos fines de semana se la había visto trabajar ayudando en la quinta que el cura Tito había plantado con algunos del asentamiento. Esta piba estaba metida en todas las movilizaciones y movimientos sociales al igual que su pareja que no vivía con ella, pero que a veces llegaban juntas a su casita del fondo a la derecha.

Hablaba animadamente con su hermanastra y al Brayan no le gustó. Porque al Brayan no le caían bien los homosexuales y travestis, varones o mujeres, Brayan tenía principios bien definidos...

—Yo tengo un lugar donde te puedes quedar con tu hermanita. —Le decía Cachorro.

—¿Pero es seguro? ¿Y mi hermano? —Moni.

—No, es sólo para chicas. Pero él se les va a arreglar. Si tu hermano no rajó de aquí todavía es por vos y tu hermanita.

Al rato cuando llegó a su casa.

—¿Qué hace vos atorranta con esa torti? No te quiero vos ma. —El Brayan, y agrega —

. ¿Dónde está mamá, che vos ma dónde ta?

Mónica lo quedó mirando.

¿Qué te pasa Brayan? —Ella.

No le contestó, se acercó y amago para pegarle pero desde atrás le detuvo el brazo Carlos que justo había entrado sin que se dieran cuenta.

—Que te hacé... Brayan.

—¿Dónde ta mamá, dónde esa vieja chota? Y salió corriendo.

—Nos vamos hoy. —Carlos.

—Nos va a denunciar mamá. —Mónica.

—No si hacemos la denuncia primero. Ya andá a buscar a Marita y nos vamos ahora, no agarrés nada... —Carlos.

Fin

Continuará

Todos los derechos reservados. Quedan totalmente prohibida la reproducción parcial o total de este libro, o de sus imágenes, o de su incorporación a cualquier sistema informático, o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este mecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otro medio sin el permiso previo por escrito del titular del copyright. (Derechos de autor). Número de registro Ex-2021-06232522- -APN-DNDA#MJ Este relato mensual de doce capítulos es solo una ficción, cualquier parecido con la realidad de hechos o personajes es pura coincidencia